

Sol Calero

El Buen Vecino

El Buen Vecino retoma el tema de la política del buen vecino como un factor socio-histórico crucial en la percepción internacional de Latinoamérica y su gente. Calero hizo referencia a esta política por primera vez en *La Perla del Caribe*. Dentro de este contexto, su intervención arquitectónica en SALTS implicó diseccionar este fenómeno en varias capas: una más superficial de coexistencia pacífica, y otra capa más profunda que ahonda en las complejidades inherentes de una política que intenta fabricar estereotipos culturales para su propio beneficio económico.

Calero transformó dramáticamente el garaje exterior de SALTS en una colorida casa caribeña, ampliando su exterior con un gran porche y una estructura techada propia de la arquitectura popular. Se recortó una de las paredes para instalar una nueva ventana con barras metálicas de seguridad decorativas y persianas. Así mismo, Calero usó *The Hole (El hueco)*, una instalación permanente de Karsten Födinger, para convertirla en una piscina provisional cubriéndola de lonas impermeables, palets y ladrillos pintados.

Anunciando instalaciones posteriores de Calero donde ninguna superficie queda sin tocar, el espacio interior de este hábitat temporal también sufrió una elaborada transformación. Objetos domésticos encontrados se combinaron con obras de arte; una escultura de tela en cascada evocaba una bailarina de mambo; coloridas “pinturas de frutas” reposaban sobre ladrillos o colgaban sobre papel tapiz estampado con ondas y motivos abstractos vagamente naturales. Dos sillas plegables tapizadas por Calero se instalaron sobre una playa de alfombra roja, contemplando una pintura casi del tamaño de la pared, repleta de frutas y plantas. En esta sala de hogar también se exhibía una serie de platos de cerámica pintados a mano: un homenaje a la tradición alfarera modernista del siglo XX intercalada con tendencias formales de la iconografía popular.

Ubicado entre edificios residenciales en una zona tranquila cerca de Basilea, *El Buen Vecino* funcionó como una hipérbole de hospitalidad que alentaba a los residentes cercanos a pasar un rato en el porche. Aquí se hace evidente la naturaleza tentadora del trabajo de Calero—romper con el cubo blanco no es tanto un gesto formal, es más una necesidad de seducción. El público, incluso quienes normalmente no van a exposicio-

nes de arte, es recibido en un ambiente informal y encantador, aunque aún desconocido. Considerar al visitante como un invitado es un elemento constante en la práctica artística de Calero, ya sea por el agradable feng shui de los objetos y muebles, o por ser buena anfitriona ofreciendo comida, refrigerios y actividades. Estando ya en este espacio acogedor se despliegan ciertas realidades incómodas: la casa caribeña está claramente fuera de su elemento, una clara metáfora de la figura del inmigrante. Su mera existencia allí es una anomalía flagrante. ¿Será aceptada por sus vecinos? ¿Será una curiosidad bien recibida? ¿Un refugio feliz? ¿Una monstruosidad llamativa? ¿Una excusa para una reunión de asociación de vecinos? De estas preguntas, y las tensiones implícitas que generan, surge el tema más profundo de la obra: reconocer que existe “un Otro” no es suficiente. ¿Cuál será el destino de ese otro? ¿Desprecio? ¿Integración? ¿Deportación? Porque hay poca esperanza de que pueda ser aceptada tal como es en algún sentido permanente, a pesar de todas sus concesiones.